

Venturas y desventuras de una chica del Opus

Alberto Moncada

María Angustias Moreno es una chica sevillana que a los veinte años, dejando novio y otros mundanales placeres, se metió en el Opus. Aquel Opus triunfalista de comienzos de los años sesenta, lleno de éxitos en la España del desarrollo cuantitativo, con ministros, obispos, el favor de Carrero y el de tantos otros que ahora hacen remilgos cuando se les recuerda que ellos también anduvieron por los arrabales de la institución, si no dentro de ella.

María Angustias fue destinada a esa sublime misión de la mujer —dentro y fuera del Opus— que consiste en fregar, coser, planchar y cocinar, o más bien, porque también en esto hay clases, en gobernar a los cientos de sirvientas —ese es el nombre canónico de las empleadas de hogar en las Constituciones del Opus— que hacían acogedoras y brillantísimas aquellas casas de ejercicios donde, quien más quien menos, media España ilustrada ha pasado algún rato. Pero también entre los puchereros anda el Señor y a María Angustias le empezó a parecer que el Opus es poco cristiano, que hay en él demasiado autoritarismo, escaso respeto a las personas, mucho orgullo colectivo, sobra de hipocresía y especialmente un extraño y abracadabrante culto a la personalidad del fundador. Dice ella —que es católica y tiene tanta fe al menos como el Papa Montini o el cardenal Tarancón— que se pasaba el día arguyendo con los superiores sobre aquellas contradicciones de la soi-dissant vida de perfección a la que había entrega

do sus afanes y que no la hacían el menor caso. En 1972 el fundador realizó su último maratón de apariciones multitudinarias en España, como aquella del otro día en la tele, y María Angustias, que desde Jerez asistió al espectáculo, dijo basta y se marchó.

Que pase inadvertido

Pero lo que nadie esperaba de aquella delicada y modesta virgen fue el que resultará contestataria. Porque a María Angustias le dio por poner por escrito sus experiencias e incluso publicarlas. Advertidos que fueron los altos cargos, le enviaron mensajes para que se estuviera quietecita y, ¡cómo no!, la amenazaron con el infierno y demás lindezas de la artillería tridentina. Ella no se inmutó y acaba de pasar un testimonio lacerante de sus años en el Opus que tiene ese descomunal aliciente de estar escrito desde la honestidad, veracidad e ilusión de servicio que le llevaron precisamente a su entrega. Para mayor inri, está dirigido a sus ex hermanos, a los que se han salido y a todos los que se interesan por el asunto.

María Angustias ha encontrado en esta autocrítica institucional la misma satisfacción y conciencia de relevancia que los González Ruiz, Miret Magdalena y demás reformistas del aparato eclesiástico. Pero así como a éstos nadie les niega un lugar bajo el sol de la comunión de los santos y son casi estrellas de la galaxia confesional, a María Angustias la quieren condenar al ostracismo.

Manejando esa conspiración del silencio en la que son expertos, los del Opus están tratando de que su libro pase inadvertido por el procedimiento de presionar a los librerías para que no lo vendan.

Desde luego, no es ninguna joya literaria, pero le puede echar un pulso de coherencia a todos los textos ditirámicos que se han publicado, incluyendo la última biografía de Escrivá, que parece un intento de respuesta a la de Carandell, que, por supuesto, no cita.

Temas distintos

A fuerza de seguir caminos paralelos, los libros sobre el Opus parecen escritos sobre temas distintos. Los encomiásticos no encuentran defecto alguno en la institución, que les parece soberana y superferolítica. Los críticos presentan una imagen frankensteiniana. Libros como el de María Angustias pueden contribuir a que se entiendan las contradicciones y claroscuros de una aventura colectiva que, como todas, está condicionada por el lugar y la época en que sucedió y que fue el marco de muchas satisfacciones individuales. Y también de muchas frustraciones. Aparentemente, el Opus de hoy se ha vuelto evasivo, introvertido, enigmático. No es amigo de que se discuta en público sobre él cuando, si hay algo simpático del Jesús de Nazaret histórico en el que el Opus pretende apoyarse, fue aquel airear los temas en las plazas públicas y aceptar de buen grado la controversia y el esclarecimiento.

El libro es interesante, sobre todo para los que no lo van a leer, habida cuenta de que el Opus lo ha prohibido a sus leales. Hacerse cuestión de la propia identidad, reflexionar críticamente sobre la propia andadura no está muy bien visto en ese tipo de instituciones. El lector que no esté en el ajo no espere encontrar la luz sobre los entresijos políticos y financieros de la Obra. Este es un libro que cuenta las cosas de dentro y tiene que ver más con la prensa del corazón que con el análisis sociológico. En tal sentido, son muy de leer las curiosas anécdotas del out-to al Padre en vida, las contradicciones de la pobreza y, sobre todo, la mutilación obsesiva de la madurez individual que hace recordar la actitud de aquella priora para con sus monjas de la Castilla imperial, a las que exhortaba a esperar la floración de las plantas que sembraban con las raíces para arriba en virtud de la santa obediencia.

María Angustias confía en que, muerto el fundador, el Opus mejorará. Ajalá sea así, para bien de la convivencia española, porque la construcción de una democracia requiere materiales de muy distinta cocción. De familias, empresas, escuelas e iglesias dogmáticas y autoritarias no salen ciudadanos democratas. Y si no, atención a los hechos y dichos de opusdeístas tan notables como López Rodó, Ruiz Mateo o López Bravo, antiguos correligionarios a los que, sin ninguna esperanza, aconsejo la lectura de este libro.